



CANADA

QUEBEC: LA TRAGEDIA PERMANENTE

Un soldado armado patrulla la calle frente al edificio del Ayuntamiento de Montreal. El secuestro y asesinato del ministro de Trabajo e Inmigración de Quebec pone un acento agudo sobre la situación de las minorías francesas en el Canadá.

Estudiantes de la Universidad de Ottawa votan contra el estado de excepción y piden la huelga. Sus líderes, Michel Chartrand y Pierre Vallier serían arrestados por la policía. No parece que el nuevo reformismo de Trudeau vaya a solucionar el problema canadiense.

El secuestro y asesinato del ministro de Trabajo e Inmigración de Quebec, Pierre Laporte, por una rama terrorista del Frente de Liberación de Quebec, pone un acento agudo sobre una antigua y creciente situación de opresión, la de las minorías francesas en el Canadá, relativamente comparable a la de las minorías católicas de Irlanda del Norte. En su aspecto general, suscita dos temas: el de la agravación continua de los problemas que se enfocan desde el inmovilismo y la perplejidad por los poderes que esperan una especie de solución espontánea de la tecnología providencialista de unos datos que son esencialmente políticos, y el de la incapacidad, hasta ahora, de los mismos poderes, por fuertes y enérgicos que sean, para enfrentarse con esta nueva forma del terrorismo revolucionario que es el rapto. Hasta ahora, solamente los diplomáticos secuestrados en Hispanoamérica han sido ocho: dos fueron muertos, uno entregado sin condiciones y cinco canjeados tras negociación. Ninguno ha sido liberado, hasta ahora, por la acción de la policía o las fuerzas movilizadas. Este dato es una muestra de impotencia. La reacción de fuerza de los poderes amenazados —primero en Guatemala, lo cual costó la vida del embajador alemán; luego en Uruguay, y su precio fue la de Dan Mitrione; ahora, en Canadá, con este desenlace trágico— no está apoyada en una fuerza real para impedir el terrorismo. Se autojustifica con la antigua norma de no negociar bajo la presión de la violencia. Pero cabe preguntarse por qué no se ha negociado antes, por que no se ha planteado toda la amplitud del problema antes de que se presentase la violencia, antes de que la relación de fuerzas se tuviese que plantear en este terreno. El primer ministro del Canadá, Trudeau, ha respondido al desafío con la declaración del estado de guerra —las War Measures Acts, que no se declaraban desde la segunda guerra mundial—, y así, en cierta forma, ha aceptado el terreno de lucha que habían elegido sus adversarios. La respuesta a esta respuesta ha sido el hallazgo del cadáver de Laporte.

El problema de los franceses de Quebec está planteado desde el siglo XIX. La «British North America Act» de 1867 (redactada antes, entró entonces en vigor en forma de acuerdo federal) determinaba una asociación entre los franceses y los Ingleses de Canadá. La suma de estas cantidades heterogéneas no se ha producido nunca. La riqueza y el poder se fueron a manos de los ingleses, y los franceses se aislaron en su provincia de Quebec (un sexto del territorio, un tercio de la población total), de forma que no sólo ellos, sino los otros franceses extendidos por las zonas inglesas del territorio —todo el cual forma parte de la Com-

monwealth británica— forman un bloque nacional sostenido por sus hechos diferenciales. Este bloque está hoy formado por unos ocho millones y medio de personas (seis millones en Quebec, dos millones y medio en el resto del país) en una continua posición de inconformismo.

¿Por qué la solución federal no ha cuajado bien? Desde el grupo inglés hay unas acusaciones de tipo racista que corresponden más o menos al espíritu imperial británico del siglo XIX. Hay también acusaciones religiosas: el catolicismo cerrado («una iglesia de contrarreforma prolongada», se ha dicho), que ha conducido mal la enseñanza y ha impedido el acceso a la ciencia y a la tecnología modernas del grupo francés. Estamos acostumbrados a observar manipulaciones de este tipo referidas a los países subdesarrollados y a las minorías oprimidas —como los negros de Estados Unidos— como para no buscar más allá. En realidad, los franceses canadienses son los «residuos de una empresa colonial fallida», como decía hace algún tiempo un periódico de Ontario: son los nietos de los vencidos en las batallas coloniales entre Francia y Canadá, y los sucesivos documentos de privilegios y de igualdades no han equilibrado nunca esa situación. Firmados acuerdos y tratados, Francia abandonó prácticamente a sus hijos —no tenía, quizá, otra solución—, y el Canadá se constituía como un fragmento del poderoso Imperio británico; toda su economía y toda su cultura se organizaban en torno a él, mientras la minoría francesa se reducía al papel agrícola y de mano de obra barata. El cultivo de sus peculiaridades —Idioma, religión, costumbres, endogamia— se organizaba de la misma manera, estéril y aislada, que podemos ver en los países colonizados. La caída del Imperio británico dejó en casi todo el mundo la herencia al Imperio de los Estados Unidos, y muy particularmente en el Canadá vecino. Si Canadá es teóricamente miembro de la Corona y hay un gobernador general que la representa y recibe de cuando en cuando augustas visitas, todo ello no pasa de ser un revestimiento. Las cifras de la penetración de los Estados Unidos son impresionantes: el 95 por 100 de la industria del automóvil, el 89 por 100 del caucho, el 64 por 100 de la electricidad, el 50 por 100 de las industrias químicas, el 52 por 100 de las minas y el 43 por 100 de la pasta de papel están en manos de empresas de Estados Unidos, y no sólo desde el punto de vista financiero —capitales invertidos—, sino en el técnico —dirigentes y especialistas—. En Quebec, que es, naturalmente, la zona menos industrializada del país, la mitad de las industrias están en manos de empresas de los Estados Unidos.



Esta penetración se hace directamente por la vía del gobierno federal —inglés— y por los grupos anglófonos: los franceses se quedan al margen y ni siquiera reciben los tristes y relativos beneficios del colonizado. En el propio Quebec, en las zonas francófonas, el dinero y la dirección de los asuntos económicos está en manos de la minoría inglesa (un 10 por 100 de la población).

Este estado de cosas se planteó como problema en la posguerra, y en los auges de las «descolonizaciones», los franceses de Canadá pretendieron tener derecho a ella y a su autodeterminación. Fue el principio del terrorismo y de una serie de acciones que no han cesado nunca. Sin embargo, la idea de separatismo era entonces, y aún lo es ahora, muy minoritaria. En Quebec hay grupos partidarios de la Integración —es decir, que se lleve a la realidad el texto fundacional y sus sucesivos apéndices, que los franceses sean realmente iguales a los ingleses—, como los hay de una fórmula de soberanía-asociación, que permita a Quebec una cierta autodeterminación, pero que mantenga la unión económica con el resto del país, de forma que la nación canadiense no se destruya. Los representantes de estos grupos son los que periódicamente ganan las elecciones locales y obtienen de la población una adhesión mayoritaria sobre los separatistas. Pero, poco a poco, van perdiendo terreno, como consecuencia de la inutilidad de su acción. Ciertamente, en los últimos nueve o diez años, Quebec ha avanzado en su industrialización y en su ritmo de crecimiento económico —especialmente en la explotación de la minería y de la electricidad—, pero ocurre que la distribución de esta nueva riqueza sigue siendo racista y sigue fluyendo hacia el exterior, hacia los Estados Unidos. Esta situación favorece a los medios extremistas, que encontraron en 1967 un considerable apoyo en la famosa y discutida visita del General De Gaulle, quien, desde el balcón del Ayuntamiento de Montreal, lanzó el grito de: «¡Viva Quebec libre!». Ciertamente que en los medios ingleses se atribuye a aquel estímulo los sucesos de ahora. No lo necesitaban. En realidad, De Gaulle no hacía más que continuar su intento de construir un imperio espiritual a base de la francofonía y otros elementos, en vista de su falta de fuerza para elevar otro, y, además, establecía así una etapa de su desafío contra los Estados Unidos (como en su visita a Camboya o en sus viajes por Hispanoamérica, en los que trató de ampararse en la «latinidad» y recaudar ahora algunos de los impulsos que aquellas naciones recibieron de la revolución francesa). La realidad es que Francia no puede dar a Quebec nada para ayudarla, como no sean frases y simpatías (Pompi-

dou se sigue manifestando ahora de la misma manera, aunque matizado y moderado). A partir de aquel momento se iniciaron de nuevo negociaciones entre los distintos grupos de Canadá (la conferencia de primeros ministros en Toronto, la conferencia constitucional de Ottawa), que no han dado resultados prácticos.

El nuevo reformismo procede del primer ministro, Trudeau, un hombre excesivamente pintoresco. Pertenece a la «línea Kennedy», que ha dado y está dando tantos falsos valores. Trudeau, de origen francés, tiene una considerable fortuna —se calcula entre siete y diez millones de dólares— que le liga a los grandes intereses económicos y financieros. Su biografía es llamativa. Ha sido un «estudiante eterno» —hasta los treinta años, cambiando continuamente de centro de enseñanza—, ha viajado por el mundo y sus viajes han estado cubiertos de anécdotas de moderado escándalo: detenido en Moscú por tirar una bola de nieve a una estatua de Lenin; en Palestina, porque se le supuso complicado con el grupo judío que asesinó al mediador de la ONU Hammarskjöld; en Estados Unidos, porque se le capturó en alta mar cuando iba en lancha rápida de Florida a Cuba... Es soltero y tiene rasgos de «play-boy». Todo ello y una política de apariencia liberal ha creado lo que la prensa canadiense llama «trudeaumanía», una especie de entusiasmo personal, de adhesión emotiva. Las elecciones a la americana de 1968 le entregaron el poder con una enorme mayoría, y, a partir de entonces, como primer ministro, se entregó a una política reformista que ha ido desde medidas favorables al aborto y la homosexualidad —siguiendo la nueva línea de «sociedad tolerante» de los laboristas británicos—, hasta el reconocimiento de China, que acaba de realizar. Pero en el asunto de Quebec y los francófonos no ha avanzado un paso. Había frecuentemente de la «aplicación de los derechos del hombre» como solución. Las manifestaciones contra Trudeau son frecuentes en el Canadá francófono. Se le compara con Hitler, y la semana pasada los sindicatos de Quebec le han denunciado como creador de un «régimen de fuerza» (aunque, al mismo tiempo, hayan repudiado el extremismo del FLO).

Como se ve en todo ello, el problema tiene una considerable ambigüedad, y en toda esa ambigüedad no se ha creado una auténtica posibilidad de solución. Por el contrario, se han ido creando las condiciones para la violencia, y el intento clásico de decir que no se negocia bajo la presión de la amenaza es perfectamente injusto, puesto que tampoco se ha negociado cuando la amenaza no existía.